

TOMÁS LEÓN

(1826-1893)

GUADALUPE LOZADA LEÓN

Cuando el 1° de julio de 1866 el Conservatorio de la Sociedad Filarmónica Mexicana abrió sus puertas, Tomás León hacía realidad uno de los más grandes anhelos de su vida. Culminaban así los esfuerzos varios entusiastas mexicanos que, como él, habían dedicado gran parte de su vida a la enseñanza de la música y se habían apasionado con su difusión.

Como es de suponerse, alcanzar este logro no fue cosa fácil, fue necesario contar con la ayuda de influyentes personajes de la corte imperial de Maximiliano y, por paradójico que parezca, con el desprecio que un extranjero hiciera de la música mexicana.

La historia que llegó en esa fecha a feliz término está relacionada directamente con la vida de Tomás León en cuya casa, semana a semana, se reunían los amantes de la música de los grandes maestros quienes, al igual que el anfitrión, gozaban ya de buena fama como compositores.

La vida de León, por consiguiente, al igual que la de Melesio Morales –cuya música motivó la fundación de la Sociedad Filarmónica– son claves para entender la formación de este importante centro de educación musical.

Fue Tomás León un hombre admirado y respetado en su tiempo y su recuerdo ha sido



casi borrado de la memoria de las generaciones que lo han sucedido. Su vida puede ser un buen hilo conductor para entender la historia de este país y la evolución del arte musical.

Por haber sido el siglo XIX mexicano uno de los más convulsionados al interior mismo del país, que además de sufrir varias guerras civiles se vio precisado a enfrentar a dos potencias extranjeras, la vida de Tomás León (1826-1893), se vio siempre rodeada por acontecimientos que, de una u otra manera, influyeron directamente en su quehacer musical.

Nació en la ciudad de México el 21 de diciembre de 1826, hijo del maestro artesano don José María León y de doña Guadalupe Ortega, su segunda esposa, quien diera a Tomás sus primeras lecciones de piano. De los estudios maternos Tomás León pasó a ser alumno del organista don José María Oviedo quien, a la postre, resultó ser su único maestro. Tan rápidos fueron los avances –estudiaba simultáneamente piano y

órgano– que a los 14 años León ya actuaba como organista en los Oratorios de la iglesia Profesa de San Felipe Neri, lugar en el que empezó a ser conocido por la alta sociedad mexicana.

Fue hasta los 27 años de edad cuando se presentó por primera vez en público, el 24 de febrero de 1854, al lado los notables artistas de la corte del rey de Holanda: el violinista Franz Rooner y el pianista Ernest Lubeck, acompañando a este último en una fantasía de Thalberg, a cuatro manos, sobre temas de *Norma*.

En ese mismo año, el gobierno de Antonio López de Santa Anna, queriendo aprovechar el entusiasmo popular a su vacilante administración, lanzó una convocatoria a los músicos y poetas para la composición del Himno Nacional Mexicano.

Una vez elegida la composición poética de Francisco González Bocanegra, se nombró al jurado encargado de seleccionar la música idónea para el canto de guerra que quedó integrado por don Agustín Balderas, don José Antonio Gómez y don Tomás León.

Refería Balderas que él y sus compañeros examinaban cuidadosamente las quince composiciones que habían entrado al certamen cuando repentinamente Tomás León se puso en pie, como inspirado por una fuerza sobrenatural y exclamó: «¡señores, ya tenemos himno; escuchad!», y sentándose al piano, interpretó con tal entusiasmo la composición que llevaba el epigrama «Dios y libertad» que al concluir, el jurado y algunos concurrentes prorrumperon en un aplauso, quedando así sancionada la composición cuyo autor resultó ser Jaime Nunó.

Al año siguiente, el 16 de febrero de 1855 contrajo matrimonio con doña Dolores Catalina Josefa de Jesús, hija de don José María Victoria Mondragón y de doña María Josefa de Alva y Flores. Oriunda de Tenancingo, México, contaba con 20 años al momento de unirse a quien prometía ya de manera segura, ser una de las glorias musicales de este país. Con ella procreó cinco hijos: Alberto, Carmen, Luis, Enrique y Dolores.

Un año más tarde tuvo el honor de volver a tocar al lado de un gran pianista: Oscar Pfeifer, a quien acompañó en una fantasía de él mismo sobre temas de Ernani. Tocó también con extraordinario lucimiento en los conciertos organizados, en distintas temporadas por los

renombrados violinistas Jehim Prune y José White.

Sin embargo, la época no le fue propicia para alcanzar fama mundial como concertista; la afición de entonces no era capaz de sostener a un artista, ni él –que carecía de bienes de fortuna y ya tenía que sostener a su propia familia– pudo viajar al extranjero para perfeccionar sus dotes y darse a conocer. Se dedicó, pues, a la enseñanza y en sus pocos ratos de ocio, a la composición. En todos sus alumnos supo infundir su ardiente entusiasmo por el arte que cultivaba.

Infatigable trabajador y verdadero propagador de su arte a pesar de su trabajo diario, no perdía ocasión para hacer sentir a otros la belleza de la música de los grandes maestros y para difundir por dondequiera la afición del arte. Organizaba conciertos cada vez que se le presentaba la ocasión y los domingos, reunía en su casa un considerable número de aficionados y discípulos, quienes constituían un Club Filarmónico.

Antonio García Cubas, el infatigable escritor e ingeniero, asiduo concurrente a estas reuniones dejó la siguiente descripción en su *Libro de mis recuerdos*:

*Tan delirante era León por el divino arte que no desperdiciaba ocasión para recrear su ánimo, en unión de sus amigos que por aquél mostraban igual afición, ejecutando en el piano esas sublimes obras de la música clásica [...] Sebastián Bach, Beethoven, Hydn y Mendelssohn eran los maestros favoritos cuyas obras alternaban con las de Rossini, Verdi, Chopin y otros. Casi siempre acompañaba a León Aniceto Ortega, el gran filarmónico por intuición [...] Otras veces poníase al piano Melesio Morales para darnos a conocer diversos trozos de su ópera *Ildegonda* o bien el mismo Aniceto nos deleitaba con su *Invocación a Beethoven*, sus nocturnos y sus valeses..(1)*

Por aquellas épocas, a finales de 1865, se encontraba en México una compañía de ópera que comandaba el empresario italiano Biacchi. Dada la ocasión, los miembros del Club Filarmónico –que ya tenían cuando menos diez años de reunirse semanalmente–, entusiasmados con la idea de que la compañía extranjera montara la ópera *Ildegonda* de Melesio Morales, decidieron presentarse con el empresario, para proponerle su proyecto. El italiano se negó argumentando que «el nombre mexicano del autor» perjudicaría

sus intereses.

La respuesta provocó una reacción inmediata en aquellos que conociendo la obra de Morales, se sintieron ofendidos con el desprecio. Así las cosas –aún cuando en el «Cenáculo León» (2) la ideología política no era precisamente el común denominador–, tanto liberales moderados como conservadores a ultranza, decidieron unirse con un objetivo propio: establecer oficialmente la Sociedad Filarmónica Mexicana para que, ya con reglamento y reconocimiento formal, comenzar la batalla que llevara a *Ildegonda* al escenario del Teatro Principal.

El Club exigió erguido la representación propuesta, entablado lucha titánica contra la empresa Biacchi; lucha terrible que se prolongó largos cinco meses, al cabo de los cuales y después de realizar episodios de gran emoción y resonancia, llegó a efectuar un arreglo que dio por resultado la representación deseada. (3)

Al año siguiente, la Sociedad Filarmónica, ya contaba con 74 socios cuyo presidente era don Manuel Siliceo y León se responsabilizó de la Comisión de Conciertos. Los objetivos quedaron entonces muy claramente establecidos: «cultivar la música, extender la enseñanza, favorecer a los artistas desgraciados y endulzar los momentos de descanso con los encantos de este arte; en una palabra, mezclar la utilidad con el recreo».

Todas las actividades que realizaban los integrantes de la Sociedad Filarmónica tenían como fin principal, el establecimiento de un Conservatorio de música. Sin embargo, la empresa era demasiado grande como para que, con las cuotas de los socios y la tercera parte de lo que se recaudara en los conciertos, pudiera llevarse a cabo. Fue así que el sacerdote Agustín Caballero, quien ya contaba con la fama obtenida por una condecoración imperial, ofreció a estos músicos entusiastas el local que ocupaba su academia de Música en la calle del Factor para que el Conservatorio abriera su puertas y comenzaran a impartirse las primeras clases en tanto se encontraba un sitio más apropiado. Así las cosas, el Conservatorio tan anhelado se inauguró el 1º de julio de 1866 en las postrimerías del imperio de Maximiliano.

Las clases, a las que podían asistir gratuitamente aquellos que fueran mayores de ocho años, tuvieran buenas costumbres,

estuvieran vacunados –curiosa y moderna disposición– y supieran cuando menos leer, escribir y las cuatro primeras reglas de aritmética, las impartían los ilustres miembros de la Sociedad Filarmónica.

Todo haría suponer que la acción del Cerro de las Campanas transformaría por completo la vida de la Sociedad Filarmónica y del Conservatorio, ya que la mayoría de sus miembros habían sido partidarios del emperador. Sin embargo, no fue así. El regreso de Juárez y, con él, de la República trajo a los miembros de la Sociedad Filarmónica nuevos bríos. El presidente liberal no sólo permitió que la institución musical continuara funcionando, sino que por decreto del 25 de octubre de 1867, le otorgó para «sus reuniones y trabajos» el edificio de la antigua Universidad.

A pesar del apoyo presidencial, don Tomás ya no gozaba de las canonjías que tuvo tanto durante el imperio como durante los gobiernos conservadores que se habían sucedido desde la efímera corte de Santa Anna, hasta la igualmente fugaz de los Habsburgo. Sin embargo, no abandonó sus clases en el Conservatorio ni su actividad formidable como organizador de conciertos de la Sociedad Filarmónica. Ya su nombre no aparecía tan a menudo en las crónicas de la época y los periódicos hacían poca mención de su persona. Los aires liberales empezaban a hacer efecto en el aura del pianista. Así las cosas, la muerte repentina de Juárez y la llegada al poder de don Sebastián Lerdo de Tejada vino definitivamente a cortar la actividad de Tomás León en el Conservatorio. Durante siete años sirvió ahí gratuitamente y hoy en ese plantel casi no se conserva memoria suya, ya que se separó voluntariamente cuando el presidente Lerdo obligó a todos los profesores jurar fidelidad a las Leyes de Reforma. No quiso someterse a la obligación de protestar algo contrario a sus ideas conservadoras, ni hacerlo con la reserva –tan común entonces– de la contra protesta, puesto que no le parecía honrado

El 7 de octubre de ese año, se llevó a cabo la protesta de ley de todos los profesores de dicho centro y, simplemente, don Tomás no se presentó. Su ausencia motivó una sentida carta de Melesio Morales, el siempre amigo de León desde los inicios de la sociedad filarmónica.

En ella le decía:

Querido León: Ayer hemos protestado en el Conservatorio todos los profesores y profesoras, extrañando que tú estuvieras ausente; se dijo por alguno que tú no protestarías y recibióse esta noticia con general disgusto pues sabes cómo te queremos todos y sentiríamos infinitamente tu separación de la sociedad filarmónica tanto más cuanto que en tu casa tuvo origen y siempre has estado a nuestro lado. [En seguida, trataba de persuadirlo:] En nombre de nuestra buena amistad y usando de una confianza que en ningún modo puede penetrar tu conciencia al tratarse de un asunto que a juicio de todos nada tiene que ver con el modo de pensar político y religioso de cada uno, a nombre a la vez del Conservatorio mismo y de su progreso, yo te suplico que examines bien la sencillísima cuestión de protestar la obediencia a nuestras leyes, buenas o malas, y que te decidas a secundar los deseos de un gobierno bueno o malo, pero que proteja sin reserva nuestro Conservatorio.

La carta, cuyo original se conserva en la familia, continúa tratando de hacer ver a León que los que ya juraron lo hicieron por el bien de la institución «que tantos sacrificios está costando». En seguida, pretende convencerlo:

«Quiero creer, y permíteme sin ofenderte esta suposición, que tengas más bien que escrúpulos (los cuales no puedo comprender en un hombre de tu ilustración) temores de disgustar a tu clientela, compuesta de personas adictas a instituciones pasadas, en este caso, querido León, te diré que para gozar del aprecio de todo el mundo te basta con tu mérito artístico y tu justa fama de hombre honrado», y concluía diciendo: «me sonrío la idea de que cambiarás de opinión.

La cosa es que no cambió, ni tampoco traicionó la amistad de Morales quien, en nota *post scriptum*, le pedía: «Esta carta no deseo que la vea nadie; es una carta de amigo pero parece una seducción de partidario que no es». Sin embargo, además de seguir participando en conciertos privados, y de impartir sus permanentes clases particulares, León regresó en ciertas ocasiones al Conservatorio como cuando se presentó en el teatro del mismo, en un homenaje a la cantante italiana Adelina Ristori, el 6 de febrero de 1875.

La llegada al poder de Porfirio Díaz trajo, entre muchas otras cosas la tranquilidad tan anhelada después de casi un siglo de constantes agitaciones. Tal vez fue ésta la época en que Tomás León pudo dedicarse con mayor ímpetu a la composición, pues

en 1881 recibió un premio del Ayuntamiento de la Ciudad por su composición *Flores Mexicanas*.

De ahí en adelante, las crónicas que hacen referencia a León, casi desaparecen, no así las clases a las damas más conspicuas de la capital, aunque también continuaba con su apostolado musical atendiendo gratuitamente a quienes no podían pagar por aprender. Tampoco dejó los conciertos vespertinos dominicales, que celebraba en su propia casa, mismos que continuaron hasta aquel domingo que precedió a su muerte la que acaeció el 18 de marzo de 1893 debido a una pulmonía fulminante que en tres días lo llevó al sepulcro.

Parece ser que el diario católico *El tiempo* fue de los pocos que difundieron la noticia de la muerte del pianista, que en ese entonces contaba con 65 años de edad. La crónica hace un extenso recorrido de la vida del maestro y termina diciendo: «La memoria del Don Tomás León quedará para siempre grabada en el corazón de sus amigos y muy especialmente en el recuerdo de aquellos a quienes inició en el divino arte». (♣)

NOTAS

Para mayor información acerca de la vida de este autor, ver: Guadalupe Lozada León, "Un homenaje postergado cien años. Tomás León 1826–1893". *Heterofonía*, Revista musical semestral, Órgano del Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Musical «Carlos Chávez», Número 109, México, julio 1993 junio 1994, pp.35–43.

(1) Ver: Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*. Imprenta de Arturo García Cubas, hermanos y sucesores, México, 1904, p. 518.

(2) Tal como lo nombra el Doctor don Jesús C. Romero
(3) *Reseña que leyó a sus amigos el maestro Melesio Morales en la celebración de sus bodas de oro y del cuadragésimo aniversario de la fundación del Conservatorio de Música*, México, Imprenta del Comercio de Juan E. Barbero, Calle del Corazón de Jesús num. 1, 1907. Respecto a este sonado episodio, Antonio García Cubas proporciona datos mucho más pormenorizados. Ver: *op. cit.*, p. 520–521.

GUADALUPE LOZADA LEÓN

Licenciada en Ciencias Sociales (Escuela Normal Superior) y Maestra en Historia de México (UNAM). Conferencista y correctora de estilo. Ha sido catedrática e investigadora en diversas instituciones oficiales y privadas, entre ellas el Instituto de Investigaciones Históricas (UNAM). Entre los cargos que ha ocupado destacan la subdirección del Archivo Central del Archivo General de la Nación y las direcciones de los recintos de homenaje a Benito Juárez y Parlamentario en Palacio Nacional. Actualmente es docente en la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM) y en la Universidad del Claustro de Sor Juana. En 2000 la Asamblea Legislativa del Distrito Federal publicó su obra *Espacios de Decisión en la Ciudad de México*.